A contracorriente y sin frenos

Estela Martorell Martínez

Image not found.

Capítulo 1

A los que creyeron en mí y a los que no

A las tres mujeres de mi vida:

mi abuela,

mi madre

y mi hermana

Y a ti, querido lector, porque

estas letras son más tuyas que mías

Capítulo 2

“Si yo pudiera darte una cosa en la vida,

me gustaría darte la capacidad de verte a ti mismo a través de mis ojos.

Sólo entonces te darás cuenta de lo especial que eres para mí”.

Frida Kahlo

Capítulo 3

"Si os pido que me salvéis me enterraréis antes".

Pi…Pi…Pi… Ritmo estable…

Existen realidades invisibles a los ojos y mortales para el alma. Algunos las llaman pequeñas cicatrices, pero, cambiarían de opinión si viesen su alma llena de puntos a carne viva. Esto no fue consecuencia de un amor devastador, sino de un intercambio de encuentros y olvidos que mientras que para ella significó sangre, para otros fueron copas de vino. Siento hablar de esas realidades calladas, pues si las verdades duelen como puños, las mentiras arrancan la vida a mordiscos y, es que, ella se empeñó en contarme su vida en 991 días (ni uno más, ni uno menos) sabiendo que aquello que callaba yo lo supe desde el primer minuto. Maldito azar que olvidó que las guerras mejor en la cama y las caricias allí donde hay drama, pues ella empeñó su vida como quién jugó con sus sueños: a golpes y sin control. Devastadora ebriedad que, mientras él se sumergía en tequilas para olvidar, ella encontraba en ellos quien era en realidad.
Sintió tantas veces los golpes en su cuerpo que, cuando le dijeron que toda herida cura, empezó a dolerle las costillas de tanto reírse (o de los moratones, también es posible). Creyó haber tomado alucinógenos cada una de las veces que le recordaron que lo que hoy le ahogaba, mañana le haría fuerte y, la verdad, lo único que quería era gritarles que prefería ser débil a pasar por aquel infierno. Quizás pensasen que ella era cobarde, pero más de uno hubiese tirado la toalla antes. En cambio, ella mandaba aviones de papel con notas escondidas entre las alas porque las suyas hacía tiempo que se las habían cortado. "Ayudadme, porque si os pido que me salvéis me enterraréis antes".

Malditas voces que resonaron en las calles cuando debía haber un botón de off para apagarlas. (pre)juicios de seres con altas carencias y almas vacías que no supieron ser valientes y prefirieron esconder su cobardía hiriendo a otros. Vacíos reales que hicieron que se sintiese sola ante tantas almas insaciables. Risas atormentadas, lágrimas en busca de una salida de emergencia, (v)idas que no regresaron… y cobardía con voz propia en búsqueda de su boca, y no otra, para callarla a la fuerza.

Algunos creeréis que encontrar a una persona en esta situación es más difícil que encontrar una aguja en un pajar, pero lo cierto es que o el pajar es muy pequeño o la aguja extremadamente grande, pues en todas las calles existen personas que, de una manera u otra, reciben tales

respuestas diariamente. La valentía se esfuma por la boca en el momento en que se insulta o se golpea.

Piiii

Capítulo 4

Hubo un día,

que me sentí tan completa

que creí no ser yo.

Luego hablé de ti,

de mí

y sonreí.

Capítulo 5

Pongamos las cartas sobre la mesa y los puntos sobre las íes: tú nombre ya no aparece en mi lista de llamadas recientes, pero sí en la de obsoletos remitentes. Piensa bien si vas a jugar a despistar que creo que preferirás callar porque apuesto que estás desquiciado en el bar.

Capítulo 6

Sábanas.

Sábanas frías porque tú ya no estás.
Frío por las tres horas que hace que no te veo.

Y es que, extraño dibujarte mis palabras a besos,
recorrer tu espalda,
como si de las teclas de un piano se tratase,
leer las partituras de tus lunares,
enseñarte el lenguaje de los signos a oscuras,
susurrarte todo aquello que nunca me atreví
y contarte todo aquello que nos queda por vivir.

No hay viaje más utópico
que el de las yemas de mis dedos
al recorrer tu cabello.
No hay viaje más intenso
que el de tu brazo que busca mi cintura cada noche.
No hay más que tú,
en todos los sentidos.

Y es que la lluvia me recuerda
a todo aquello que fuimos
y, esta vez sí puedo decirlo,
aquello que también seremos.
Esa tormenta enfurecida
que derriba las lágrimas de tus mejillas
preparada para arrasar todos y cada uno de tus llantos.

Somos aquello que nació en un concierto
aquello que observan desde la lejanía
con cierta envidia y recelo.
Somos, nosotros, simplemente.
Aquellos que se dejan ver por las calles
de Valencia, dulce testigo
de cada uno de nuestros besos.

Y ahí se rinde, a nuestros pies
pues aún no ha encontrado
besos más sinceros
de los que en nosotros presencia.

Sábanas frías
que se vuelven cálidas en tu presencia.

Sábanas.